

SEMINARIO DE HISTORIA

Dpto. de H^a social y del Pensamiento Político, UNED

Dpto. de H^a del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos

Universidad Complutense de Madrid

Fundación José Ortega y Gasset

Curso 2011-2012

Documento de trabajo 2012/3

ALFONSO *EL REGENERADOR*.

**MONARQUÍA ESCÉNICA E IMAGINARIO NACIONALISTA, EN
PERSPECTIVA COMPARADA (1902-1913)**

Javier Moreno Luzón

Universidad Complutense de Madrid

SESIÓN: JUEVES, 22 DE MARZO DE 2012, 19 H.

Lugar: Biblioteca

Instituto Universitario José Ortega y Gasset

c/ Fortuny 53, 28010 Madrid

Contacto: seminariodehistoria@gmail.com

“*Monarchy is not just about the niceties and secrecies
and hypotheticals of constitutional behaviour;
it is, or it ought to be, at least as much about imagination*”.

David Cannadine¹

La monarquía escénica

Monarquía y nación pertenecen, en principio, a universos políticos diferentes: el de la tradición y el de la modernidad. La forma de gobierno del Antiguo Régimen, sustentada por una legitimidad que atendía a su origen divino, frente a la fuente casi ineludible de legitimación política en los regímenes contemporáneos. Por decirlo así, la monarquía parece cosa del pasado y la nación inunda el presente. Sin embargo, ambas confluyeron y se hicieron compatibles durante buena parte de los siglos XIX y XX. En concreto, el último tercio del Ochocientos y los quince primeros años del Novecientos vieron cómo en diversos estados europeos se desplegaba, ante una opinión pública cada vez más amplia y decisiva, una monarquía ceremonial, que se ha llamado también monarquía escénica o teatral (*performing monarchy*), con nuevos significados². En muchos casos, el éxito de este tipo de monarquía residió en su capacidad para representar a la nación, sus tradiciones, su continuidad histórica, su grandeza, su independencia, su unidad e incluso sus libertades. Los poderes de los monarcas, más o menos limitados por las normas constitucionales, se atribuían a su función como intérpretes de la voluntad nacional. Aquí y allá, las instituciones monárquicas se convirtieron en un ingrediente fundamental de los imaginarios nacionalistas y de los esfuerzos para difundir las respectivas identidades nacionales.

La literatura académica sobre el papel de las monarquías en la construcción nacional ha crecido de manera acelerada en la última década, pero hunde sus raíces en los años ochenta del siglo XX. Benedict Anderson, en su libro *Comunidades imaginadas* (1983), detectó la *naturalización* nacional de las dinastías a lo largo del XIX y la interpretó como una respuesta de las élites aristocráticas a la amenaza de los movimientos nacionalistas. Es decir, la vinculación de las casas reales con los diversos

¹ Cannadine, David, *History in our Time*, New Haven, Yale University Press, 1998, p. 24.

² Van Osta, Jaan, “The Emperor’s New Clothes. The Reappearance of the Performing Monarchy in Europe, c. 1870-1914”, en Deploige, Jeroen y Deneckere, Gita (eds.), *Mystifying the Monarch. Studies on Discourse, Power, and History*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2006, pp. 181-192

imaginarios nacionales había formado parte de un nacionalismo oficial y reaccionario³. En la misma línea, para Tom Nairn, autor de *El espejo encantado* (1988), la recreación de la monarquía británica –“el mayor fósil viviente de Europa”—preservó el poder de la oligarquía patricia en una sociedad industrial y consagró una identidad conservadora. Era lo que Nairn, de forma irónica, llamaba *Ukania*, un nombre inspirado en la *Kakania* austro-húngara del novelista Robert Musil⁴.

Sin embargo, el trabajo más influyente en esta materia lo realizó David Cannadine al aplicar en 1983 el concepto de *invención de la tradición* a la monarquía británica⁵. Ya Arno J. Mayer, en *La persistencia del Antiguo Régimen* (1981), había constatado la relevancia de los grandes rituales monárquicos en la Europa anterior a la Gran Guerra, pensados para perpetuar un orden dominado por la aristocracia terrateniente⁶. Pero fue Cannadine quien acertó a describir cómo en Reino Unido, entre 1870 y 1914, se orquestaron toda clase de ceremonias con el fin de que la corona se popularizara, convertida en cabeza de la comunidad nacional y encarnación del imperio. Para ello se aprovecharon acontecimientos ya conocidos, como las coronaciones o los entierros reales, pero también se crearon otros nuevos, como los jubileos de oro y diamantes de la reina Victoria, en 1887 y 1897, o la investidura del príncipe de Gales, celebrada por primera vez en 1911. La sociedad de masas, en un sistema político que transitaba del liberalismo a la democracia, demandaba y aceptaba estas escenificaciones, difundidas por diversos medios de comunicación. Siguiendo los principios explicados por Walter Bagehot en su célebre obra *La Constitución inglesa* (1867), la monarquía, una de las piezas imponentes o solemnes (*dignified parts*) del entramado constitucional, perdía poder efectivo y ganaba en cambio facultades para despertar amplios consensos⁷. En esa misma época, las dinastías continentales, muy distantes de la británica en cuanto a su influencia política, competían con ella en pompa y esplendor.

La obra de Cannadine encontró un filón historiográfico que se ha visto ensanchado gracias al acercamiento entre la historia política y la historia cultural. Los

³ Anderson, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres/Nueva York, Verso, 1991 (1ª ed., 1983), pp. 83-111.

⁴ Nairn, Tom, *The Enchanted Glass. Britain and its Monarchy*, Londres, Radius, 1988, cita en p. 115.

⁵ Cannadine, David, “The Context, Performance and Meaning of Ritual: The British Monarchy and the ‘Invention of Tradition’, c. 1820-1977”, en Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992 (1ª ed., 1983), pp. 101-164.

⁶ Mayer, Arno J., *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Madrid, Alianza Editorial, 1984 (1ª ed. en inglés, 1981), pp. 130-145.

⁷ Bagehot, Walter, *La Constitución inglesa*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010 (1ª ed. en inglés, 1867). La monarquía, en pp. 47-92.

historiadores de la política, ajenos durante mucho tiempo al giro culturalista que inundó la historia social, han aprendido a valorar el peso de lo simbólico⁸. Por ejemplo, a la hora de analizar las políticas de la memoria o el nacionalismo. Se han disuelto así, al menos en parte, anteriores recelos frente a los enfoques culturales, a la vez que éstos abandonaban excesos que los hacían incompatibles con la historia política. Como aquellas tesis que descartaban toda aproximación a la verdad histórica o las que abrazaban un nuevo determinismo de la cultura, destinado a sustituir el de los viejos condicionantes socioeconómicos. Hoy la mayoría de los especialistas acepta lo cultural como una dimensión más de la realidad política, no una estructura capaz de anular a los actores sino un campo de juego donde pugnan individuos y grupos, cada cual con sus propios intereses y estrategias. Un campo en el que el historiador encuentra discursos, pero también prácticas, y que exige –como recomendaba Cannadine—buscar significados en sus contextos precisos. Porque el cambio de contexto transforma el significado, incluso el de una práctica idéntica. El estudio de las instituciones monárquicas, al integrarse en esta perspectiva, ha salido de su encierro en disquisiciones constitucionales o en narraciones biográficas, a menudo complacientes con los monarcas, y se ha enriquecido de un modo notable.

La proliferación de trabajos sobre la monarquía ha matizado algunos de los supuestos cannadinianos. Para empezar, su cronología, pues algunas investigaciones han situado el nacimiento de la monarquía ceremonial moderna en la primera mitad del siglo XIX, no en sus últimos decenios. O el uso de la fórmula “invención de la tradición”, ya que fue escaso lo creado y se trató más bien de renovar o modificar tradiciones asentadas con anterioridad⁹. Al igual que ha ocurrido en el ámbito más general de los estudios sobre nacionalismo, pocos académicos creen a estas alturas que los que formularon aquellos tópicos inventasen los elementos de la cultura política monárquica. Lo habitual fue que aprovecharan materiales existentes. De todos modos, queda a salvo la importancia, para las relaciones entre monarquía y nación, del intervalo 1870-1914. Una época en que florecieron los nacionalismos culturales y expansivos, en mitad del surgimiento de una política de masas que multiplicó el número y las dimensiones de los protagonistas de la vida pública y donde la prensa alcanzó un

⁸ Véase, como muestra, Frank Bösch y Norman Domeier, “Introduction. Cultural history of politics: concepts and debates”, *European Review of History-Revue européenne d’histoire*, 15/6 (diciembre de 2008), pp. 577-586.

⁹ Uno de los historiadores más críticos con Cannadine ha sido Kuhn, William M., *Democratic Royalism. The Transformation of the British Monarchy, 1861-1914*, Nueva York, Palgrave, 1996.

enorme relieve. Los regímenes monárquicos no tuvieron más remedio que legitimarse por medio del recurso a la nación, incluso en aquellos estados que conservaban moldes absolutistas, como demuestra la rusificación del imperio de los zares¹⁰. Al contrario de lo que ocurría medio siglo atrás, ya no valía cualquier rey para cualquier país, sino que los monarcas se identificaban con sus respectivas nacionalidades y se presentaban como sus padres, protectores y jefes militares, al servicio de sus demandas de progreso y de su grandeza en la arena internacional.

Naturalmente, Gran Bretaña sigue siendo el país mejor estudiado¹¹. Quienes se interesan por esta cuestión aún se preguntan por las razones que explican el indudable arraigo de la corona en la isla y trazan su proceso de transformación. Los orígenes de la monarquía contemporánea pueden situarse en las guerras napoleónicas, que hicieron de Jorge III (1760-1820) una especie de tótem nacional¹². Pero, por lo general, se hallan en el largo reinado de Victoria (1837-1901), cuando la imagen de la corona mudó por completo: si al comienzo se veía con cierta sospecha, cuando tocaba a su fin se había convertido en emblema de la autoestima nacionalista, con la anciana reina en funciones de progenitora de la nación y gran figura imperial¹³. Una doble condición, de monarcas y emperadores, que heredaron sus descendientes. No obstante, el análisis de otras monarquías ha añadido complejidad a la materia. Un territorio particularmente rico es el de Italia, donde se ha asentado la idea de que la dinastía de los Saboya representó un papel esencial en la configuración de la identidad nacional. En concreto, el mito de Víctor Manuel II (1861-1878), *il re galantuomo*, se equiparó con el de héroes populares como Garibaldi, y su muerte dio pie a una oleada ritual y monumental dedicada a exaltar al padre de la patria. Tanto su figura como la de su sucesor, Humberto I, asesinado en 1900, fueron objeto de culto y la monarquía se reveló como un factor pujante de integración¹⁴. En Holanda, la casa de Orange se benefició de sus lazos con la independencia del estado y, desde los años noventa del XIX, encabezó festejos y

¹⁰ Wortman, Richard S., *Scenarios of Power. Myth and Ceremony in Russian Monarchy from Peter the Great to the Abdication of Nicholas II*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2006, pp. 245 y ss.

¹¹ Cannadine, David, "From biography to history: writing the modern British monarchy", *Historical Research*, 77, 197 (2004), pp. 289-312.

¹² Colley, Linda, *Britons. Forging the Nation 1707-1837*, New Haven, Yale University Press, 1992.

¹³ Williams, Richard, *The Contentious Crown. Public Discussion of the British Monarchy in the reign of Queen Victoria*, Hants, Ashgate, 1997.

¹⁴ Levra, Umberto, "Vittorio Emanuele II", en Isnenghi, Mario (ed.), *I luoghi della memoria. Personaggi e date dell'Italia unita*, Roma-Bari, Editori Laterza, 1997, pp. 47-64. Brice, Catherine, *Monarchie et identité nationale en Italie (1861-1900)*, París. EHESS, 2010.

ceremonias nacionales, más modestos que en otras latitudes pero muy eficaces¹⁵. El caso más original fue el de Austria-Hungría, donde el emperador Francisco José (1848-1916), aún más longevo que Victoria, encarnó en Austria un patriotismo supranacional, compatible con los diversos movimientos nacionalistas culturales, mientras en Hungría se identificaba con el dominio magiar¹⁶.

Estos y otros descubrimientos han modificado las impresiones iniciales acerca del fenómeno. Se ha calibrado la posibilidad de que se convirtieran en símbolos nacionales los monarcas con poderes políticos plenos, no sólo los despojados de ellos por los sistemas parlamentarios. Pero el cambio principal, paralelo a la preocupación creciente de la historiografía por los nacionalismos, ha consistido en la presencia cada vez más visible de un amplio abanico de actores implicados en la metamorfosis de las monarquías. Frente a las visiones que sólo tenían en cuenta los planes elaborados por las cortes y las élites gubernamentales, de arriba abajo, se imponen las que subrayan la relevancia de las élites locales y de las iniciativas de la sociedad civil, de abajo arriba. A veces, las demandas sociales de ceremonial tenían que vencer la resistencia de algunos reyes, reacios a tanta exposición. Los imaginarios nacionalistas, monárquicos o no, eran algo más que artefactos montados por los ministros y cortesanos para engatusar a la gente. Por otro lado, como ocurre en múltiples manifestaciones de la historia cultural, ciertos autores echan de menos, más allá de los juegos elitistas, un mayor interés por la recepción de los mensajes, algo difícil de captar¹⁷. A lo que podríamos añadir otras recomendaciones, como la de no olvidar la naturaleza problemática, no siempre consensual, de los regímenes monárquicos. De cualquier manera, parece claro que la monarquía se ha instalado, como un ingrediente más, en el estudio de las culturas políticas.

Aquí se propone, con afán comparativo, incorporar el caso español a este conjunto de investigaciones sobre los vínculos entre monarquía y nación a lo largo del periodo citado, que coincide *grosso modo* con el de nuestra Restauración (1875-1923). Una etapa, crítica para el desarrollo de los nacionalismos y la nacionalización en España, que hasta ahora no ha merecido mucha atención historiográfica desde este

¹⁵ Velde, Henk te, "Cannadine, Twenty Years on. Monarchy and Political Culture in Nineteenth-Century Britain and the Netherlands", en Deploige y Deneckere (eds.), *Mystifying the Monarch*, pp. 193-203.

¹⁶ Unowski, Daniel L., *The Pomp and Politics of Patriotism. Imperial celebrations in Habsburg Austria, 1848-1916*, West Lafayette, Indiana, Purdue University Press, 2005.

¹⁷ Olechnowicz, Andrzej, "Historians and the modern British monarchy", en Olechnowicz, Andrzej (ed), *The Monarchy and the British Nation. 1780 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, pp. 6-44.

punto de vista¹⁸. Y hacerlo con énfasis en la década 1902-1913, la primera del reinado efectivo de Alfonso XIII (1902-1931), cuando coincidieron varias circunstancias cruciales, como el fortalecimiento del españolismo tras el desastre colonial de 1898, en forma de propuestas regeneracionistas, y la emergencia, al calor de una política más participativa, de grupos republicanos y de otros nacionalismos políticos, con el catalán a la vanguardia. El joven rey fue parte de muchos de aquellos proyectos, no necesariamente coincidentes, que lo veían como *el regenerador* de la patria. Si los responsables de los partidos monárquicos intentaban legitimar el régimen constitucional, diversos sectores sociales y fuerzas locales confiaron en el monarca para cumplir sus objetivos. Aunque el actor que mostró un programa nacionalista más coherente y de mayor alcance, ligado a la corona, fue el ejército. No se trata de agotar un tema cuyo análisis completo exigiría mucho más que un artículo, pero sí de explorar sus rasgos principales a través de tres manifestaciones destacadas: los grandes ceremoniales monárquicos, los viajes regios y los actos militares. Los discursos y prácticas que se articularon en ellos señalaron los éxitos, los límites, y hasta los riesgos, de la conversión de la monarquía española en un símbolo nacional.

Ceremonias de corte, festejos reales

Hay algo en lo que todas las opiniones coinciden: para ser popular y nacional, la monarquía tenía que ser visible. Cuando Victoria de Inglaterra se recluyó, a raíz de su viudez, proliferaron las críticas y el republicanismo disfrutó de un momento de notoriedad¹⁹. Esta vertiente pública adquirió tanta relevancia que parecía la principal razón de existir de los personajes reales. Y en ella ocupaban un lugar sobresaliente las grandes ceremonias dinásticas, que adaptaban la etiqueta cortesana heredada del Antiguo Régimen o la reinventaban, pero ahora con un seguimiento detallado en medios de comunicación de masas como los diarios de gran tirada, la prensa gráfica y el cine. No importaba que resultaran anacrónicas, con sus aparatosas carrozas tiradas por

¹⁸ La figura de la reina regente ha sido estudiada por Moreno, Mónica, “Discreta regente, la austriaca o doña Virtudes. Las imágenes de María Cristina de Habsburgo”, *Historia y Política*, 22 (2009), pp. 159-184. Para Alfonso XIII, véanse sobre todo las observaciones de Hall, Morgan C., *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal, 1902-1923*, Madrid, Alianza, 2005. Una aproximación preliminar a los temas que disecciona este artículo, en Moreno Luzón, Javier, “El rey patriota. Alfonso XIII y el nacionalismo español”, en Lario, Ángeles (ed.), *Monarquía y República en la España contemporánea*, Madrid, Biblioteca Nueva/UNED, 2007, pp. 269-294.

¹⁹ Craig, David M., “The Crowned Republic? Monarchy and anti-Monarchy in Britain, 1760-1901”, *The Historical Journal*, 46, 1 (2003), pp. 167-185.

caballos en tiempos de tranvías eléctricos; al revés, su arcaísmo daba brillo al espectáculo.

En la España de comienzos del siglo XX, la religión teñía las ceremonias de la corte. Con ritos que recordaban los de otras monarquías católicas, aunque no alcanzaran la vistosidad de los austriacos. El calendario estaba pautado por las fiestas en que se celebraba capilla pública, cuando los reyes presidían una solemne procesión por las galerías de palacio, donde casi se rozaban con variopintos espectadores. Se repetía dieciséis veces al año, pero durante la Semana Santa se le añadían otros rituales religiosos hasta asfixiar cualquier otra actividad. Durante esos días había cuatro capillas públicas y misas casi diarias; y el viernes santo a la capilla seguían el luto, dos sermones, una procesión y las tinieblas. El jueves se organizaba, como en Viena, el lavatorio y comida de pobres, en que, rodeados por el lujo cortesano, los monarcas lavaban los pies a veinticinco menesterosos previamente seleccionados y perfumados²⁰. Pero eso no era todo. La familia real, acompañada por la servidumbre, asistía al canto de la Salve los sábados en uno de los templos de real patronato, el del Buen Suceso de Madrid, con idas y venidas por la ciudad, y se asociaba a otros cultos marianos. Todo lo cual hacía que su presencia pública estuviera muy unida a la Iglesia católica. Lo mismo que en Austria, pese a que el emperador participara también en actos de otras confesiones, como las ortodoxas o la judía, profesadas por sus súbditos²¹.

Esta estrecha vinculación entre monarquía y catolicismo podía indicar un déficit nacionalista de la corona española, demasiado apegada a la legitimidad religiosa de los reyes absolutos. Pero más bien denotaba, en el contexto de entonces, su asociación con una de las versiones del españolismo, la que fundía la patria con la fe de la Iglesia, defendida por los monarcas en las guerras de religión y al evangelizar América²². Alabar al rey católico no significaba prescindir de su dimensión nacional, sino reafirmar una manera de ser español. Lo cual acercaba el caso de España al de otras dinastías que se ataban a un nacionalismo confesional, como las balcánicas. Aunque la tensión conceptual entre nación y universalidad católica la alejara un tanto de las que encabezaban iglesias nacionales en sentido pleno, como la de Inglaterra. Con la diferencia añadida de que, en la escena española –al igual que en la francesa, la italiana

²⁰ González Cuevas, Pedro C., “El rey y la corte”, en Moreno Luzón, Javier (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2003, pp. 187-212. Archivo General de Palacio. Reinados. Alfonso XIII (AGP RR AXIII) Cº 8775/6.

²¹ Unowski, *The Pomp and Politics of Patriotism*.

²² Álvarez Junco, José, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 433 y ss.

o la portuguesa—los lazos entre el estado y la Iglesia causaban profundas divisiones. De hecho, la primera década del siglo se caracterizó por el enfrentamiento entre clericales y anticlericales. En ese conflicto, Alfonso XIII se veía cortejado tanto por el catolicismo militante, que protestaba ante él cada vez que se planeaba una medida secularizadora; como por los ministros liberales, que procuraban atraérselo. En términos generales, el monarca mantuvo todavía el equilibrio. Pero en el plano simbólico ganó la partida la Iglesia, amparada por la confesionalidad del estado que fijaba la Constitución de 1876. Su predominio pudo constatarse en el congreso eucarístico de 1911, que ocupó Madrid en respuesta al gobierno liberal de José Canalejas. El rey, contra la opinión del presidente, asistió a la ceremonia de clausura, recibió a la procesión en palacio y acompañó luego al Santísimo Sacramento hasta el salón del trono, donde se arrodilló ante él mientras se ponía a España bajo el imperio divino. La prensa progresista se escandalizó ante aquel gesto humillante, propio de dictaduras reaccionarias²³.

La monarquía española no creó nuevas conmemoraciones dinásticas para escenificar su grandeza. Esto la separó de la mayor parte de las casas reales europeas, inmersas en la búsqueda de ocasiones excepcionales, como los jubileos victorianos, los de Francisco José de Austria en 1898 y Guillermo II de Alemania (1888-1918) en 1913 o el tricentenario, ese mismo año, de los Romanov en Rusia. Nadie pensó que fuera necesario festejar, por ejemplo, el veinticinco aniversario de la Restauración o el bicentenario de los Borbones. Mejor se aprovecharon acontecimientos como los bautizos, bodas y entierros reales, aunque en ellos mandara un ceremonial que encerraba entre los muros palaciegos el bautismo de los hijos del monarca o el matrimonio de sus familiares; y señalaba un corto recorrido por la capital a los cortejos fúnebres: el imprescindible para llegar a la estación de donde partía el tren para el cercano monasterio de El Escorial, que albergaba las sepulturas. El nacimiento del heredero, en 1907, sí mereció tres días de fiesta nacional. En 1901, la boda de la hermana mayor de Alfonso XIII, Mercedes, desencadenó protestas y motines en todo el país por la sospechas que recaían sobre el novio, hijo de un general carlista que para casarse hubo de jurar la Constitución. Sin embargo, las honras fúnebres de esta princesa y de su hermana menor, María Teresa, fallecidas en 1904 y 1912, tuvieron un impacto favorable sobre la imagen de la corona, envuelta en el patetismo que, extendido durante el siglo anterior, enfatizaba el desconsuelo de la familia y, sobre todo, el sufrimiento de la

²³ *El Liberal*, 14 de julio de 1911.

madre, la reina María Cristina, retratada como una augusta dolorosa. Un impacto emotivo que atraía a un público apasionado. En 1904, la multitud irrumpió una y otra vez en el palacio real de Madrid para ver a la difunta, lo cual provocó varias cargas de las fuerzas de seguridad y algunos muertos²⁴. Poco antes, el entierro de la discutida reina Isabel II, abuela del monarca, no había interrumpido sus viajes y se había realizado con discreción. Sólo la boda del propio rey, en 1906, dio lugar a grandes fastos.

Entre los ceremoniales más significativos figuraban aquéllos que representaban el principio de co-soberanía –o soberanía compartida entre las Cortes y el rey—que consagraba la Constitución. Ambas instancias ejercían el poder que emanaba de la nación²⁵. El primero coincidía con la apertura del parlamento, como en el Reino Unido y en los Países Bajos pero con menor frecuencia, pues no se realizaba cada año sino sólo tras las elecciones. También la política parlamentaria tenía una vertiente teatral²⁶. Eran hábitos liberales, presentes desde 1834, según los cuales salía a la calle, de palacio al Congreso o al Senado, el impresionante tren de carrozas de la casa real, que los aficionados conocían a la perfección. En 1910 lo compusieron once coches con reyes de armas, gentileshombres, mayordomos, damas, cargos palatinos, el de la reina madre, el de respeto y el que conducía al rey²⁷. Una vez en el salón de sesiones, el monarca leía el mensaje de la corona, donde se desgranaba el programa del gobierno que acababa de vencer en los comicios. De hecho, Alfonso XIII rara vez decía en público algo que no hubieran preparado o aprobado sus ministros, cuyo refrendo precisaba para cualquier acción constitucional. La apertura simbolizaba, mejor que cualquier otro evento, el régimen de la Restauración.

A la inversa, los días del santo y el cumpleaños del rey, y en algunas otras solemnidades, sendas delegaciones del Senado y del Congreso acudían a palacio, donde felicitaban al soberano y éste leía textos escritos asimismo por el gobierno. Aunque se produjeron variantes, en palacio había en esas fechas hasta cuatro recepciones: la de las comisiones parlamentarias, la general –con múltiples delegaciones, desde el consejo de estado hasta el personal palatino—, la militar y la de señoras, además de un banquete.

²⁴ Varela, Javier, *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1885)*, Madrid, Turner, 1990, pp. 163 y ss. *El Imparcial*, 19 de octubre de 1904. *La Monarquía*, 24 de septiembre de 1912.

²⁵ Joaquín Varela Suanzes-Carpegna, “Estudio preliminar”, en *La Constitución de 1876*, Madrid, Iustel, 2009, pp. 17-97. Para la cuestión de la soberanía compartida, véanse pp. 59-65.

²⁶ Velde, “Cannadine, Twenty Years on”.

²⁷ AGP RR AXIII C^a 15813/6.

Los curiosos esperaban el paso de los personajes y las bandas tocaban durante el acto. El monarca, vestido siempre de capitán general, concedía condecoraciones y –como en viernes santo y otras fechas—firmaba indultos. Una prerrogativa que a veces tuvo resonancias políticas, como cuando Canalejas los utilizó para abolir en la práctica la pena de muerte y difundir la imagen de un rey clemente. La corte vestía de gala también en los santos y aniversarios de la reina y del príncipe de Asturias. Ante la ausencia de una fiesta nacional en sentido estricto, como el 14 de julio en Francia o el primer domingo de junio –la fiesta del Estatuto—en Italia, en España la onomástica del monarca cada 23 de enero, como ocurrió con el cumpleaños regio en el imperio británico o en Holanda, se erigió en la más importante del calendario oficial. En las capitánías generales y los gobiernos de las provincias, al igual que en las embajadas, se organizaban recepciones a imagen y semejanza de las palaciegas. A ellas acudían las autoridades y fuerzas vivas locales, y se completaban con desfiles militares, funciones de gala y reparto de dinero entre los pobres²⁸. En esta y otras fiestas nacionales ondeaba la bandera española en los edificios públicos, que se iluminaban por la noche, y cerraban centros de enseñanza y oficinas estatales.

Más allá de estos rituales periódicos, que sublimaban el orden político y social, el reinado de Alfonso XIII se abrió con dos celebraciones extraordinarias, que contaron con significados mucho más ricos y con una insuperable atención por parte de los medios: la jura de la Constitución, al alcanzar el rey la mayoría de edad, y su boda con Victoria Eugenia de Battenberg, nieta de la reina Victoria. En ambas coyunturas, los liberales en el poder trataron de popularizar la monarquía y de ofrecer, de cara al exterior, una buena imagen de España, el país que resurgía tras la derrota del 98. De modo que en ellas abundaron los mensajes nacionalistas, pues el joven monarca representaba, a través de la continuidad dinástica, un pasado glorioso y un futuro prometedor. Envuelto en la adhesión de su pueblo, debía ejercer como motor de la regeneración patria.

En las guías que se editaron con motivo de los festejos, Madrid se presentaba como una capital en vías de modernización, que afrontaba reformas para convertirse en una ciudad a la europea. Se insertaban también informaciones para los visitantes, desde

²⁸ *Abc*, 23 de enero de 1906 y 24 de enero de 1908.

un catálogo de monumentos hasta advertencias sobre robos²⁹. No obstante, el atractivo de Madrid residía en la alegría de vivir de sus gentes. Eso es lo que afirmaba el escritor Eugenio Sellés en una publicación dedicada a la boda real, donde subrayaba también el carácter sintético de la urbe, una *Españópolis* donde convivían todos los tipos y acentos de España³⁰. Desde luego, los madrileños se volcaron en las celebraciones, a las que acudieron además miles de provincianos, haciendo de ellas un acontecimiento nacional. Según algunas fuentes, a los actos de la coronación asistieron dos tercios del medio millón de habitantes de la capital y unos 100.000 forasteros, una cifra que para la boda pudo duplicarse³¹. Las calles se engalanaron con arcos triunfales, banderas nacionales y decoraciones, no sólo por parte de los centros oficiales sino también de comercios y particulares.

En la jura, y más aún para la boda, el desfile principal, centro de todas las miradas, estuvo marcado por la pompa cortesana, en la que los grandes de España, el escalón más alto de la nobleza, exhibían sus carruajes junto a los de palacio, custodiados por criados, escoltas y músicas militares³². Los asistentes podían burlarse de las viejas damas, pero el efecto, como reconocía la prensa republicana, era deslumbrante: “El brillo de las armas, centuplicado por un magnífico sol de primavera; la riqueza de trajes y uniformes; la traza ostentosa, si bien anacrónica y poco artística, del guarnés de Palacio, y el conjunto de la procesión, toda llena de resplandores y estrépitos solemnes, fascinaban a la vez que recreaban los ojos de la muchedumbre”³³. La aristocracia, en la que convivían los títulos de mayor solera con los recién llegados del mundo de la política o los negocios, protagonizó otros números, como bailes, veladas teatrales, la corrida de toros con caballeros en plaza o la investidura del monarca, poco después de su mayoría de edad, como gran maestro de las órdenes militares. Ninguna corte europea prescindía de este entorno, que ligaba a la corona con la escenificación del poder nobiliario. Sin embargo, los contenidos fundamentales de las ceremonias fueron otros.

La jura, en particular, desplegó ideas que fusionaban nación y monarquía. Para empezar, el historial dinástico de servicios a la patria. La prensa afecta repasaba las

²⁹ *Programa-Guía de los Festejos de Mayo de 1902 con motivo de la jura de S.M. el Rey Don Alfonso XIII...*, Madrid, Imp. de A. Marzo, 1902. *Guía de la Coronación. Hecha expresamente para los forasteros que visiten Madrid...*, Madrid, s.e., s.a.

³⁰ *Madrid. 31 Mayo 1906*, Madrid, Imprenta Alemana, 1906, pp. 9 y ss.

³¹ *Alrededor del Mundo*, 22 de mayo de 1902.

³² Hernández Barral, José Miguel, “Más que una boda: aristocracia y jerarquía social en la primera década del XX”, en Gómez-Ferrer, Guadalupe (ed.), *Modernizar España*, Madrid, Universidad Complutense, 2006 (CD-Rom).

³³ *El Liberal*, 18 de mayo de 1902.

proclamaciones de los reyes españoles y recomendaba al recién llegado inspirarse en los mejores, como Alfonso X el Sabio o Fernando el Católico³⁴. Pero el espejo en que debía mirarse Alfonso XIII era su propio padre, Alfonso XII. En torno a él se había forjado un mito que lo adornaba con dos cualidades: la de pacificador, pues había puesto fin a las guerras civiles, y la de compasivo, preocupado por las desgracias de los españoles. Era asimismo el monarca fundador del régimen. Un caso paralelo al de Víctor Manuel de Saboya, que a su vez había idealizado a su antecesor Carlos Alberto³⁵. No por casualidad, a Alfonso XII se consagró un gran monumento nacionalista en Madrid, basado en el Vittoriano de Roma, cuya primera piedra se puso en 1902: costado por suscripción nacional, toda España —representada por sus provincias— rodeaba al rey, cuya estatua, de uniforme militar y a caballo, coronaba un airoso pedestal en alusión al elevado sentimiento patriótico que sustentaba la obra. En su recuerdo, Alfonso XIII quiso también que llevara su nombre la nueva orden civil dedicada a reconocer los méritos educativos y culturales, la gran preocupación regeneracionista. Como en otras monarquías, la concesión de honores se revelaría esencial. La unción dinástica tuvo su contrapunto en los homenajes a grandes españoles, como los que mostraban la exposición de retratos y las estatuas que levantó el alcalde con fines pedagógicos. Uno de aquellos días se trasladaron los restos mortales de grandes artistas del XIX a uno de los panteones de hombres ilustres de Madrid.

Establecidos los nexos con la historia dinástica y nacional, hacía falta definir, a su sombra, el papel del monarca. Y aquí predominaban conceptos como novedad y juventud. El nuevo reinado traía una era de confianza en la regeneración de España, a la que el joven rey inyectaría vida en un periodo de paz. Las pruebas de que estas expectativas se cumplirían se hallaban en la sintonía del pueblo con su rey, capaz de comunicarse con él sin intermediarios, como en la visita que giró a un barrio trabajador de Madrid para desvelar la estatua de Eloy Gonzalo, el humilde héroe de Cascorro en la guerra de Cuba³⁶. El entusiasmo desbordó las previsiones e hizo que se echaran en falta más fiestas populares. Al porvenir apuntaban también las primeras piedras de escuelas graduadas o la feria comercial; la modernidad se manifestaba aquí y allá, en las luces

³⁴ *Blanco y Negro*, 17 de mayo de 1902.

³⁵ Colombo, Paolo, “Una Corona per una nazione: considerazioni sul ruolo della monarchia costituzionale nella costruzione dell’identità italiana”. en Tesoro, Marina (ed.), *Monarchia, tradizione, identità nazionale. Germania, Giappone e Italia tra Ottocento e Novecento*, Milán, Bruno Mondadori, 2004, pp.

³⁶ Serrano, Carlos, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus, 1999, pp. 203-226.

eléctricas o en campeonatos de fútbol y ajedrez. Y a esa nueva edad correspondía una intervención directa de Alfonso XIII, del que se ponderaban sus estudios y su patriotismo. Algo en lo que coincidían partidos muy distintos: si los católicos solicitaban de él la salvaguarda de la unión del trono y el altar; para los liberales dinásticos la monarquía garantizaba la estabilidad y debía impulsar el progreso. En la primera recepción oficial, Eugenio Montero Ríos, un veterano progresista, afirmó que “el pueblo ve en su joven Rey el instrumento que la Providencia nos reserva para emprender, al frente de la nación, la marcha por el escabroso camino que nos conduzca a las cumbres de aquella prosperidad y de aquella grandeza, nunca olvidadas, pero de que hace siglos había comenzado a descender nuestra querida España”³⁷. Era algo más que retórica.

Fuera de la capital, la coronación se celebró de diversas formas. Las autoridades locales procuraron que nadie se sintiera defraudado: recepciones, misas, paradas militares, banquetes, colgaduras e iluminaciones, alguna verbena, conciertos, fuegos artificiales y comidas para los pobres. Muchas poblaciones vivieron un día festivo. En Palma de Mallorca, el capitán general brindó por “Don Alfonso el Regenerador”³⁸. Sin embargo, no hubo unanimidad. Algunos ayuntamientos de mayoría republicana se negaron a organizar festejos o a enviar comisiones a Madrid. En Barcelona, republicanos y catalanistas prefirieron aplicar el crédito previsto para solemnizar la jura a las fiestas patronales. El republicanismo, con un poder local en auge, aguaba la euforia monárquica, aunque lo hiciera en nombre de los mismos principios patrióticos, esta vez para culpar a las dinastías extranjeras, como los Austrias y los Borbones cuya sangre fluía por las venas de Alfonso XIII, de la decadencia española. Su acceso al trono no pasó desapercibido fuera de España, como una versión provinciana del de Eduardo VII de Inglaterra.

La boda real, en mayo de 1906, acentuó unos perfiles y atenuó otros. Fue un acontecimiento menos político y más cortesano que la jura. La prensa especuló acerca del aboengo de la novia, que la extrema derecha, antisemita e integrista, manchaba con antecedentes plebeyos y judíos³⁹. Pero Victoria Eugenia despertaba una admiración casi completa por su belleza rubia, que enorgullecía a la nación y auguraba una descendencia brillante. El relato se redondeaba con el rey enamorado, nada que no hubiera recogido

³⁷ Citado en *EAP*, p. 217.

³⁸ *El Imparcial*, 18 y 19 de mayo de 1902.

³⁹ *El Siglo Futuro*, 22 de enero de 1906.

cualquier propaganda monárquica en circunstancias semejantes. En cuanto a la autoestima nacional, el matrimonio se relacionaba con la integración de España en el mundo, tras la época de relativo aislamiento que había conducido al Desastre. El país se aproximaba a la entente formada por Gran Bretaña y Francia, vecinos y potencias liberal-democráticas. La visita de príncipes extranjeros y el evidente patronazgo casamentero de Eduardo VII refrendaban este éxito internacional, atribuido al jefe del partido liberal, el anglófilo Segismundo Moret. En los festejos, desde los que acompañaron en San Sebastián la conversión al catolicismo de la princesa, se dejó sentir la hegemonía de la pompa aristocrática y religiosa, aunque en Madrid se previeron más funciones populares que cuatro años atrás.

El cuento de hadas se interrumpió bruscamente a causa del atentado de Mateo Morral, un ácrata que lanzó una bomba sobre la comitiva regia cuando regresaba a palacio. Asesinó a una veintena de personas e hirió a un centenar. De inmediato, la prensa desmenuzó la masacre, siguió la investigación y pintó una imagen muy positiva de Alfonso XIII. No martirial, claro, aunque sí heroica. Porque el rey mostró una gran serenidad ante el ataque, como un año antes en París, protegió a la aterrorizada reina y pidió calma en mitad del caos. El luto suspendió algunos festejos. Pero al día siguiente los reyes salieron sin escolta a pasear en automóvil por Madrid, lo cual reforzaba esa impresión de valentía y tranquilidad. En algunas ciudades hubo manifestaciones monárquicas⁴⁰. Los parabienes que llegaron a palacio se mezclaban con la indignación: religiosos, profesionales o empleados de la real casa hablaban de cómo Dios había protegido a los españoles, que se habían ahorrado enormes desventuras. Un párroco gallego cantaba: “¡Despierta España! del sopor funesto,/que te ha hundido en pavorosa sima,/despierta de tu sueño y hazlo presto,/ya que parece haber quien te redima”⁴¹. En el lugar del crimen se dedicó un monumento a la virgen, por haber salvado la vida del monarca y en memoria de las víctimas.

De un modo u otro, el interés por estos eventos quedaba fuera de toda duda. Eran espectáculos para los que se construían tribunas y se pagaban asientos. Además de asistir a ellos, el público podía comprar los números especiales de las publicaciones periódicas —que alcanzaban tiradas de miles de ejemplares—y llevarse de recuerdo retratos de los reyes, jabones o vasos labrados, la parafernalia habitual en toda la Europa

⁴⁰ *EAP*, 31 de mayo y 1 de junio de 1906.

⁴¹ El párroco de Mao, en AGP RR AXIII C^a 16208/39.

monárquica⁴². Se extendía así una suerte de monarquismo banal⁴³. Y a los artículos y las fotografías que llenaban las páginas de la prensa se sumaba el cine, que en todo el continente familiarizó a los ciudadanos con las caras de la realeza y mostró sus fastos, como el jubileo de diamantes victoriano o el entierro de Humberto de Italia. Las películas reprodujeron, en salas y barracas improvisadas, los desfiles de carruajes, las paradas militares y hasta los caballos desventrados por Morral en la calle Mayor de Madrid. La boda fue un gran éxito cinematográfico⁴⁴. Entre las multitudes expectantes dominaban los vítores y aplausos. Había algo de catarsis en ellos, que los opinantes monárquicos interpretaron, de acuerdo con el *zeitgeist* regeneracionista, como “la manifestación de una esperanza en el porvenir, encarnada en el joven Monarca”⁴⁵.

La magia del viaje regio

En todas las monarquías europeas, los viajes regios se convirtieron en uno de los instrumentos privilegiados de nacionalización. Como los de Guillermina de Holanda (1898-1948), que desde niña recorrió el país y vistió trajes regionales; o los del *kaiser* Guillermo II, cuyas imponentes entradas militares conmovían las ciudades alemanas. Con estas visitas se pretendía que la población tomara contacto con el monarca, anudase lealtades y se sintiera parte de una comunidad política. En el tramo inicial del reinado de Alfonso XIII, las giras reales constituyeron el principal medio empleado para que la corona echara raíces. Como había hecho su padre al llegar al trono, pero con mayor ahínco y profundidad, el joven monarca dedicó mucho tiempo a conocer el país. Aunque hizo algunas excursiones anteriores, se movió de forma casi constante entre el verano de 1902, después de la jura, hasta la primavera de 1906, en vísperas de la boda; y luego de forma más distanciada. En sintonía con el regeneracionismo ambiente, don Alfonso tenía que hacerse cargo de las necesidades de todas las provincias, sentirlas como propias, para atenderlas. A su vez, todos los españoles, las ciudades y las regiones por las que pasaba, estrecharían sus vínculos con el estado nacional que representaba el

⁴² *Nuevo Mundo*, nº 437 (1902), declaraba unas ventas de 85.000 ejemplares.

⁴³ Olechnowicz, “Historians and the modern british monarchy”, p. 33, que utiliza un término inspirado por Billig, Michael, *Banal Nationalism*, Londres, Sage, 1995.

⁴⁴ Montero Díaz, Julio; Paz, María Antonia y Sánchez Aranda, José J., *La imagen pública de la monarquía. Alfonso XIII y en la prensa escrita y cinematográfica*, Barcelona, Ariel, 2001. Las películas también se proyectaron en palacio: AGP RR AXIII Cª 15816/1.

⁴⁵ *EAP*, 17 de mayo de 1902.

soberano. En palabras del obispo de Mallorca, “la visita regia robustecerá y hará más expansivo y eficaz el principio firmísimo de nuestra nacionalidad española”⁴⁶.

Esta estrategia resultaba necesaria para la mayoría de los políticos, aunque su promotor más convencido fuera el jefe conservador Antonio Maura, quien veía con claridad las ventajas de un rey viajero. En primer lugar, porque personalizaba, de un modo comprensible para el pueblo, el concepto de nación española: “Así como una mujer para elevar sus plegarias a la Virgen necesita de una imagen para formarse una idea de ella, así la idea de la Patria no está concebida sin el Rey”⁴⁷. De modo que la visibilidad de Alfonso XIII serviría para reconstruir, según la expresión de un maurista, “una nacionalidad que se ca(ía) a pedazos”. En segundo término, la activación simbólica del rey correría paralela a otro de los objetivos de Maura: su desactivación como actor decisivo en la vida partidista, algo que no consiguió. Así, bajo su primera presidencia, en 1904, organizó un largo viaje por Cataluña, Baleares y Andalucía. Tanto duró, un mes y medio, que la prensa liberal criticó la cansina repetición de los mismos números. El propio don Alfonso bromeó sobre la posibilidad de pedir a su patrón la jornada laboral de ocho horas⁴⁸.

De todos modos, el contacto con la gente agradaba al interesado, quien había asumido los afanes regeneradores y en sus consejos a Manuel II de Portugal (1908-1910) le recomendaba ir de un lado para otro con el fin de “mete(rse) en el bolsillo a todos los portugueses”⁴⁹. En los viajes destacaba la espontaneidad de Alfonso XIII, que tomaba con buen humor los agasajos, despreciaba las precauciones y abolía las barreras que lo separaban de sus súbditos. Al principio no era extraño verlo estrujado por la multitud que lo tocaba y aclamaba. Joven rodeado de viejos, se empeñaba en llegar más allá que sus acompañantes, en mezclarse con el gentío, solo en su caballo, o en desembarcar cuando arreciaba un temporal. Y el público le correspondía con aplausos y ovaciones, calificadas a menudo de delirantes. Entre adornos que respunteaban los colores nacionales, las flores llovían sobre él y se soltaban palomas a su paso. Los cronistas destacaban el entusiasmo de las mujeres, con un deje machista que las consideraba tan bellas como presas de la emoción. Los estudiantes universitarios figuraban entre los espectadores incondicionales y los niños de las escuelas públicas lo

⁴⁶ Citado en *La Vanguardia*, 11 de abril de 1904.

⁴⁷ Discurso parlamentario citado en *EAP*, 21 de junio de 1907.

⁴⁸ González Hernández, María Jesús, *El universo conservador de Antonio Maura. Biografía y proyecto de Estado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, cita de Manuel Troyano, en p. 71.

⁴⁹ Citado por Hall, *Alfonso XIII*, p. 106.

recibían agitando banderas. A veces se producían episodios pintorescos, como el encuentro con los gitanos de Granada o los campesinos de Salamanca, siempre entre gracias y piropos. En definitiva, cundía la impresión de que el soberano y los españoles se comunicaban sin dificultad. En términos de un telegrama que envió el presidente del consejo de Ministros en 1903, “Su Majestad ha estado constantemente entregado al pueblo”⁵⁰.

La organización de los viajes resultaba deficiente, sobre todo al comienzo, con desajustes e improvisaciones. Sólo la experiencia trajo orden y mejores sistemas de seguridad. Las primeras visitas dieron lugar asimismo a frecuentes choques entre los ministros y el entorno palatino del rey, que trataba de consolidar su preeminencia y de mantener al público a raya. Un incidente, en agosto de 1902, estuvo a punto de provocar una crisis de gobierno y motivó la retirada de los periodistas que cubrían la gira⁵¹. Pero la corte perdió la partida y las autoridades civiles se hicieron con el control, de modo definitivo gracias a Maura. Los alcaldes, en una cuestión protocolaria a la que se otorgaba una gran importancia y ocasionó conflictos, consiguieron acompañar al rey en su entrada a las poblaciones. Los gobernadores, en contacto con las demás autoridades y las corporaciones locales, negociaban la agenda de acuerdo con el gobierno, que consultaba al monarca pero sostenía la batuta: fijaba los días, daba instrucciones generales y aprobaba el programa. En 1904, Maura se permitía responder personalmente a las peticiones que llegaban a palacio⁵². Aunque de vez en cuando apareciera algún grande de España para cumplimentar al monarca, los cortesanos tuvieron un papel marginal.

El viaje regio seguía, por lo general, unas mismas pautas. Se trataba de un ritual bien establecido, cuya eficacia se fiaba a la repetición de un mismo esquema, que traslucía prioridades e influencias. Como en los ceremoniales madrileños, lo religioso era omnipresente. Lo primero que hacía el rey tras llegar a una localidad era dirigirse a la iglesia más importante y asistir a un *Te Deum*, una misa solemne de acción de gracias, costumbre que la izquierda consideraba signo de clericalismo pero no se modificó⁵³. El monarca entraba y salía de los templos bajo palio, un privilegio que compartía con el Santísimo Sacramento, adoraba las reliquias y se postraba ante las imágenes, realizaba una ofrenda anual al apóstol Santiago –patrón de España—y

⁵⁰ *EAP*, 27 de junio de 1903.

⁵¹ *EAP*, 19 de agosto de 1902.

⁵² Archivo Maura (AM), L170/2 y 9.

⁵³ Discurso parlamentario de José Canalejas, citado en *EAP*, 11 de septiembre de 1904.

aceptaba el nombramiento de hermano mayor de cofradías religiosas. Y ofrecía bastones de mando a las vírgenes locales, como la del Pilar en Zaragoza o la de los Desamparados en Valencia, un símbolo de su sometimiento al poder de la Iglesia. Junto al religioso, otro capítulo fijo era el militar, con visitas de inspección a las instalaciones castrenses, que podía abarcar la mitad del programa.

En cuanto al poder civil, los viajes incluían recepciones a los alcaldes de cada provincia, que acudían acompañados de amplios séquitos, y a diversas corporaciones que rendían pleitesía al jefe del estado. Los grandes notables o caciques, esenciales en el sistema político de la Restauración, desempeñaban funciones decisivas. Personajes como Fernando Merino en León, el marqués de Marianao en Tarragona o Manuel Camo en Huesca, responsables del éxito de las visitas. La Casa Larios, encabezada por un diputado y un senador, financió los gastos de la de Málaga en 1904⁵⁴. Como han puesto de relieve ciertas investigaciones, por ejemplo sobre Italia, las élites locales eran las primeras interesadas en las giras reales, por las que competían y presionaban⁵⁵. Con ellas reafirmaban sus atribuciones como intermediarias entre los ciudadanos y el estado, o entre el pueblo y el rey, y fortalecían su propio influjo territorial. A lo que sumaban el apoyo de la sociedad civil. De vez en cuando había procesiones cívicas, manifestaciones de unidad en torno a la monarquía⁵⁶. Las crónicas enumeraban los asistentes a cada acto, para que todos se vieran reconocidos. Y diversas asociaciones —como los clubes deportivos—ofrecían al monarca su presidencia honoraria. Los bailes y trajes regionales, como los poemas que se recitaban ante él, enaltecían la identidad local, concebida como una vía de acceso a la nacional, pues el localismo —e incluso el regionalismo—era con frecuencia inseparable de las expresiones de españolidad. Cuando llegaba el rey, se le mostraba y ofrecía todo lo que la ciudad atesoraba. Se engalanaban calles y casas, se erigían arcos y pabellones efímeros. Había un cierto efecto *Potemkin*, que ocultaba las miserias. Pero una gran cantidad de energías, las de los sectores dominantes de cada localidad, se ponía al servicio de la recepción.

Entre las gentes que se acercaban a don Alfonso podían distinguirse varias actitudes. No era raro encontrarse con la atribución al rey de un aura sagrada, que lo asimilaba a un santo o a un sacerdote, como en los paisanos que se arrodillaban y

⁵⁴ Urbano, Ramón A., *La visita regia. Crónica de la estancia de S.M. el Rey Don Alfonso XIII en la Muy Hospitalaria Ciudad de Málaga*, Málaga, Universidad de Málaga, 2000 (1ª ed. 1904).

⁵⁵ Korner, Axel, *Politics of culture in Liberal Italy: from Unification to Fascism*, Londres, Routledge, 2008, pp. 197 y ss.

⁵⁶ Amigueti, F., *Guía ilustrada de Sevilla. Recuerdo de las Fiestas Reales a S.M. el Rey D. Alfonso XIII en su visita a Sevilla. Mayo de 1904*, Sevilla, s.e., 1904.

santiguaban o le pedían su bendición. En Canarias, la gente colocaba su fotografía junto a las estampas religiosas y, con un toque supersticioso, compraba trozos de un espejo roto durante la visita⁵⁷. También se producían simples adhesiones nacionalistas, como la de las cigarreras de Sevilla, que declaraban lo siguiente: “españolas con alma y vida, aman a su Rey con el noble corazón de la mujer española, y por eso, al honrar Vuestra Majestad nuestra casa con su visita, no queremos presentarle más memorial que el siguiente: ¡Viva España! ¡Viva Alfonso XIII!”⁵⁸. Algunas calles, no muchas, se bautizaban con su nombre. Pero lo que más abundaba era la petición de favores, relacionados en su mayor parte con las administraciones públicas. Incluso la princesa Victoria Eugenia, camino de su boda, se vio abrumada por los peticionarios. Se entregaban memoriales al rey para solicitar el cobro de una pensión o un indulto, o el impulso de cualquier expediente en un cuerpo burocrático. Un individuo rogaba, con franca sencillez, que “el gobernador o el alcalde lo coloquen”. Las instancias no caían en saco roto, sino que el gobierno las clasificaba y tramitaba con los departamentos ministeriales correspondientes⁵⁹. La cultura clientelar, que impregnaba las relaciones de los españoles con el estado, llenaba legajos en el archivo de palacio, en infinitas demandas de ayudas, mercedes y empleos. Algo parecido a lo que ocurría en Italia, que ha permitido plantearse la existencia de un clientelismo real⁶⁰. Estos favores implicaban lealtad al monarca, aunque también condicionaban ésta al resultado de las recomendaciones. Una forma persistente, aunque frágil, de integración nacional.

Y no se trataba sólo de favores individuales, sino que los viajes regios se contemplaban como un medio eficaz de obtener logros colectivos, que a veces se concedían antes de la visita para asegurar la buena acogida. Era una motivación muy fuerte. Por ejemplo, el alcalde gaditano publicó un bando que sentenciaba: “nosotros sólo podemos desear y decir ¡Viva el Rey!, y él puede hacer que Cádiz viva”⁶¹. Un arco triunfal levantado en Granada enumeraba: “Pantanos.- Caminos vecinales.- Carreteras.- Canales.- Escuela de agricultura.- Ferrocarril a Alcaudete.- Ferrocarril a la costa.- Puerto en la costa”⁶². Dinero para remediar el paro, zonas neutras portuarias o protección económica. El monarca que iba a regenerar España comenzaba por

⁵⁷ Melián González, María Elsa, *Alfonso XIII en Canarias. El debate socio-político que dio origen a los Cabildos*, Tenerife/Gran Canaria, Gobierno de Canarias, 2001, pp. 109-111.

⁵⁸ Citado en *EAP*, 9 de mayo de 1904.

⁵⁹ AM L148/1.

⁶⁰ Brice, *Monarchie et identité nationale*, pp. 66 y ss.

⁶¹ Gaona y Puerto, Manuel, *Crónica descriptiva de la visita de S.M. el Rey Don Alfonso XIII en mayo de 1904 a la ciudad de Cádiz*, Jerez de la Frontera, s.e., 1904, p. 6.

⁶² Citado en *EAP*, 29 de abril de 1904.

comprometerse con las necesidades locales. Quedaba implícita la idea de que don Alfonso poseía una gran influencia sobre el gobierno, que recibía los memoriales pero también daba a entender que compartía sus decisiones con el soberano, como hizo el presidente conservador Raimundo Fernández Villaverde ante los sindicatos valencianos⁶³. Resulta complicado saber si aquellos deseos se cumplían, aunque hay indicios de que algunos pueblos obtuvieron lo que pedían⁶⁴. A la vuelta de la gira por Canarias, el consejo de ministros aprobó una memoria con todas las mejoras previstas, premio al patriotismo demostrado por sus habitantes, que aseguraba la españolidad de las islas⁶⁵.

El interés por las obras públicas superaba las consideraciones materiales, puesto que se perfilaba la imagen de una monarquía ligada al progreso nacional. Cuando el rey daba inicio a las reformas urbanas, en la Vía Laietana de Barcelona o en la Gran Vía de Madrid, transmitía un mensaje inequívoco: como afirmaba un político dinástico en Málaga, “un rey joven que empuña la piqueta demoledora, constituye un gallardo símbolo de Monarquía liberal”⁶⁶. Con el tiempo menudearon los viajes para inaugurar o revisar infraestructuras. Ese énfasis en la modernización económica se volcaba asimismo en las visitas a las industrias de cada lugar, con frecuencia propiedad de los oligarcas de la zona. Que, en algún caso, exhibían sin pudor su riqueza, como hizo la familia Figueroa —con el liberal conde de Romanones al frente— en su fábrica cercana a Cartagena, donde pavimentó de plata el itinerario del monarca. En las empresas, éste solía recibir el tributo de los trabajadores deferentes, condecorados para consagrar su condición de patriotas y, se sobreentendía, su rechazo a la subversión sindical. Los vivas al rey de los obreros se oyeron en minas y fábricas, y ni siquiera entre los jornaleros sevillanos, castigados por el hambre, hubo incidentes. Por otro lado, don Alfonso mostraba una verdadera pasión por la agricultura, cimiento, decía, de “una patria poderosa y respetada”, al estilo de lo predicado por el intelectual regeneracionista por excelencia, Joaquín Costa⁶⁷. El patrimonio real participó en las exposiciones de productos regionales y nacionales, como las de Zaragoza en 1908 y las de Santiago de Compostela y Valencia en 1909 y 1910, que seguían modelos extranjeros. En la

⁶³ Fernández Blanco, Enrique, *Notas del viaje de S.M. el Rey en su visita a Valencia, Alicante y Albacete (Abril de 1905) por el coronel ayudante D. ---*, Madrid, Imp. del Ministerio de Marina, 1906, p. 9.

⁶⁴ *La Monarquía*, 1 de junio de 1912, con el agradecimiento de pueblos sorianos por haber recibido favores.

⁶⁵ *Viaje de S.M. el Rey a Canarias. Memoria presentada al Consejo de Ministros por el Ministro de la Gobernación (Sr. Conde de Romanones)*, Madrid, Imprenta de la ‘Gaceta de Madrid’, 1906.

⁶⁶ Urbano, *La visita regia*, p. 54.

⁶⁷ *EAP*, 25 de junio y 12 de septiembre de 1903 (cita).

valenciana, el monarca estuvo hasta en tres ocasiones y disfrutó de recibimientos espectaculares. Eran fiestas de la paz y el trabajo, que encajaban a la perfección en los discursos que arrancaban del progreso local para alentar la recuperación de España.

Podrían hallarse otros significados sobresalientes en los viajes. Como el que contenía la beneficencia, pues también en España, como en Inglaterra y otros países, avanzó la *welfare monarchy*⁶⁸. Nunca faltaban las visitas a hospitales o las comidas para pobres, en “un verdadero pugilato de caridad”⁶⁹. El rey compasivo visitó zonas inundadas, presidió asociaciones benéficas y hasta proyectó casas para obreros. Aunque Alfonso XIII no se inclinó tanto como su padre por esta vertiente, lo cual le valió reproches, y dejó el asunto en manos de las mujeres de la familia real. Como las reinas, su hermana María Teresa o su tía la infanta Isabel, que hizo en solitario sus propias visitas triunfales y compatibilizó un casticismo madrileño de verbena y corridas de toros con el sostenimiento de familias necesitadas. Del mismo modo, el viaje regio suponía, como los grandes ceremoniales, un espectáculo publicado, fotografiado y filmado; y un negocio que animaba la economía local. La presencia del rey motivaba la publicación de folletos conmemorativos y guías urbanas para los forasteros que nutrían el negocio emergente del turismo. Varias localidades costeras compitieron por el veraneo regio.

Desde el punto de vista de los lazos entre monarquía y nacionalismo, importaba la reactualización del pasado. Algo corriente en todas las coronas, y de forma muy destacada en la de Alemania, donde Guillermo II se presentaba como heredero de las glorias medievales de los monarcas y de todo el pueblo germano⁷⁰. En España, el joven Alfonso renovó los títulos de sus antepasados, ocupó una canongía en la catedral de León y recibió el anillo de Pedro I de Aragón ante su tumba. Se paseó también por las vicisitudes de la nación en tiempos más recientes, con homenajes a los generales liberales de la guerra carlista como el general Concha, y contribuyó a no pocos monumentos de glorias literarias. En 1912 compró en Valladolid la casa que había habitado Miguel de Cervantes para convertirla en museo. Y procuró vincularse a los grandes hitos de la historia españolista, construida durante el siglo XIX y envuelta durante aquellos años de regeneracionismo en una potente oleada conmemorativa. Como el holocausto de Numancia ante los romanos, símbolo de la resistencia ancestral

⁶⁸ Prochaska, Frank K., *Royal Bounty. The Making of a Welfare Monarchy*, New Haven, Yale University Press, 1995.

⁶⁹ Gobernador civil de Granada a Antonio Maura, 29 de marzo de 1904, AM L170/9.

⁷⁰ Fehrenbach, Elisabeth, “Images of Kaiserdom: German attitudes to Kaiser Wilhelm II”, en Röhl, John C.G., y Sombart, Nicolaus (eds.), *Kaiser Wilhelm II. New Interpretations*, Cambridge, CUP, 1982, pp. 269-285.

contra los invasores, cuyas ruinas visitó varias veces. O la Reconquista frente a los musulmanes, a cuya cuna —las montañas de Covadonga, en Asturias—acudió nada más comenzar el reinado. Pero, sobre todo, tomó parte en los múltiples episodios locales del centenario de la Guerra de la Independencia, la epopeya española contra Napoleón. No lo frenó la pésima imagen de la dinastía en aquellos acontecimientos. Contra el parecer del gobierno Maura, presidió todos los actos que dedicó Madrid al Dos de Mayo de 1808 y se acercó a Móstoles a recordar al alcalde pionero en aquel levantamiento popular. Y en Zaragoza, centro neurálgico de las celebraciones, inauguró estatuas erigidas a las heroínas de los sitios y trasladó sus restos mortales. Honró asimismo a los heroicos soldados. Más aún, la corona se sumó a las fiestas centenarias de las independencias americanas con el envío de una delegada personal del rey, la infanta Isabel, a Buenos Aires en 1910, participación paradójica que servía de respaldo a la gran empresa cultural del nuevo españolismo regeneracionista: la hispanoamericana. Todo ello, como dijo don Alfonso en la academia militar de Toledo, lo hacía por “la dama de nuestros pensamientos, por el objeto de nuestros amores, de los amores de todos, por España”⁷¹.

La capacidad nacionalizadora de la monarquía se puso a prueba en aquella zona donde los movimientos nacionalistas rivales del españolismo se habían desarrollado más, es decir, en Cataluña. Barridos por la política de masas los partidos gubernamentales, en Barcelona dominaban el panorama dos grupos contrarios o reticentes, por razones distintas, a la corona y a su carácter nacional: los republicanos y los llamados regionalistas. Por eso, y por la amenaza de atentados, dentro y fuera de palacio se consideraba demasiado peligroso prolongar hasta allí los viajes reales. Pero Antonio Maura, el jefe conservador, quiso llevar al rey a las provincias catalanas y a su gran ciudad, y lo hizo en repetidas ocasiones, una en 1904 y dos en 1908. En su opinión, no podían aceptarse territorios vedados a la presencia regia, que valdría para reintegrar voluntades y también para avanzar en un ambicioso proyecto político, el de una alianza entre conservadores y catalanistas moderados. Las giras se prepararon con cuidado, lo cual implicaba comprar anarquistas y tal vez algunos aplausos, y fueron todo un éxito. Bajo la atención expectante de los medios, el monarca atrajo a un público entusiasta, sobre todo en la primera visita, y ante él se decantó un público monárquico que formaba

⁷¹ Moreno Luzón, Javier, “Entre el progreso y la virgen del Pilar. La pugna por la memoria en el centenario de la Guerra de la Independencia”, *Historia y Política*, 12 (2004), pp. 41-78. La cita, en *EAP*, 14 de julio de 1908.

la Cataluña de orden, católica y burguesa, contraria a las izquierdas anticlericales – radicales o libertarias—y temerosa de las bombas. La que acaudillaban personajes como el marqués de Comillas, amigo del monarca. Una Cataluña que representaba mejor que nadie la institución del somatén, antigua guardia rural que patronos y jefes militares recuperaron con fines represivos. En un acto de imbatible contenido simbólico, Alfonso XIII fue recibido en Montserrat, santuario de la patrona de Cataluña, por una concentración de 16.000 somatenistas armados, a los que se otorgó la condición de autoridad gubernativa, y puso la primera piedra del monumento a los héroes del Bruch, una de las contribuciones catalanas a la guerra contra el francés⁷².

En los viajes del rey a Cataluña latía un enfrentamiento entre distintas concepciones del estado y del papel político del trono. Entre los monárquicos conservadores rondaba la idea del rey como cabeza de una unión dinástica de todos los reinos o regiones de España, una entidad nacional más política que étnica. Como el Reino Unido, donde la monarquía se adecuaba a esa identidad polivalente, más fría que las de Inglaterra, Escocia o Gales, cálidas y emotivas⁷³. En España también existía una comunidad cultural dominante, la castellana, que tendía a confundirse con la española como la inglesa con la británica, aunque se hubiera subsumido en ella con más fuerza. El catalanismo de derechas se aproximaba a esta visión pero pensaba en varias naciones, no en una única nación política, y soñaba con una estructura estatal confederada cuyo modelo era el del imperio austro-húngaro, vivo ya en los memoriales entregados en su día a la reina regente. Si el emperador de Austria era a la vez rey de Hungría, el rey de Castilla podía actuar como conde de Barcelona. Y como tal le trataban, cuando tomó posesión de su canongía en la catedral –ya asumida por Alfonso XII—o en su visita al monasterio de Ripoll, panteón de los condes. En cualquiera de los dos supuestos, se demandaba a Alfonso XIII un papel activo en defensa de los deseos de Cataluña, que, por encima de las rencillas políticas, obtuviera el reconocimiento de su singularidad. O, como barruntaba el catalanista Francesc Cambó, se acercara a la autonomía. “Un buen servidor propone; un buen Rey elige; un mal Rey obedece”, resumía un diario monárquico barcelonés⁷⁴.

⁷² *La Vanguardia*, 11 de abril de 1904. González Calleja, Eduardo, y Rey Reguillo, Fernando del, *La defensa armada contra la revolución. Una historia de las ‘guardias cívicas’ en la España del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1995, p. 73.

⁷³ Kumar, Krishan, *The Making of English National Identity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

⁷⁴ *La Vanguardia*, 7 de abril de 1904.

Los catalanistas insistieron, una y otra vez, en que don Alfonso hablara en catalán. Era un elemento simbólico de primera importancia, como en Bélgica, donde los flamencos presionaron también a sus monarcas para que emplearan el neerlandés. Con más éxito que los catalanes, quizá porque allí componían la mayor parte de la población⁷⁵. El rey de España, pese a que prometió estudiarlo y se complacía en escucharlo, nunca lo utilizó en un discurso, aunque la familia real se interesara por las labores culturales del catalanismo. En el otro extremo del arco nacionalista, los círculos liberales de Madrid esperaban que los viajes regioes a Cataluña contribuyeran a renacionalizar la región, pues no consentían que se constituyese en el equivalente español a la Irlanda del Reino Unido o a la Polonia del imperio alemán. La popularidad del monarca significaba para ellos que la patria seguía intacta, o al menos que había una base para reconstituirla. Como decía un cronista anónimo, que la hermana mayor no se separaba de la madre⁷⁶. Pero las aproximaciones al catalanismo desembocaron en una batalla política en la que los liberales españoles achacaron a los conservadores efectos contraproducentes: Maura, afirmaba un diario, “no ha logrado que el catalanismo se haga monárquico y ha impuesto a la monarquía que se haga catalanista”⁷⁷. Incluso se le acusó de querer la descapitalización de Madrid, al prever la estancia prolongada del rey en Barcelona. Por otro lado, el catalanismo se dividió al respecto, como también pasó con el incipiente nacionalismo vasco, donde un ala moderada siguió la senda catalana y habló de monarcas que eran a la vez señores de Vizcaya y respetaban los abolidos fueros.

La corona española mostró en todos estos viajes una notable capacidad de atracción, pues múltiples actores políticos reflejaban en ella sus propios valores. Triunfó también allí donde la vida pública estaba controlada por sus enemigos, como en Estella, la capital carlista de Navarra, o en Valencia, una ciudad donde el gobierno tenía que pactar con el municipio republicano. Los éxitos interiores se doblaban con los exteriores, sobre todo con los que en París y Londres daban la bienvenida al representante de una nueva España, cercana a la entente occidental. Pero, ¿hacía esto más fuerte a la monarquía española? ¿Cómo explicar que en las mismas ciudades donde aclamaban al rey vencieran, en elecciones inmediatas, los contrarios al trono? Había,

⁷⁵ Wijngaert, Mark van den; Beullens, Lieve y Brants, Dana, *Pouvoir et Monarchie. La Belgique et ses rois*, Bruselas, Éditions Luc Pire, 2002.

⁷⁶ *Viaje regio. 1ª jornada. Cataluña. Narración hecha por un paje. Mayo 1904*, Barcelona, Tipografía La Académica, 1904, p. 9.

⁷⁷ *El Imparcial*, 27 de octubre de 1908.

desde luego, protestas de los republicanos ante las visitas regias, y si los de Barcelona convocaban mítines a la llegada de Alfonso XIII, los malagueños pedían pan y trabajo para los obreros. Pero las quejas resultaban pequeñas ante las dimensiones de la acogida. Según la prensa oficialista, en cada viaje se demostraba que había una amplia opinión monárquica, no sólo de mujeres, nobles, funcionarios y clericales sino también de industriales, obreros y agricultores⁷⁸. Pero el caso es que esa opinión no se movilizaba para acudir a las urnas urbanas. Podría argumentarse que las adhesiones resultaban superficiales, que para muchos circunstantes la puesta en escena teatral de la monarquía significaba tan sólo un entretenimiento sin consecuencias o una emoción efímera. Pero también que los monárquicos carecían de organizaciones políticas capaces de encauzar ese sustrato ciudadano hacia la participación electoral. Lo que parece indudable es que, al menos para los sectores adictos, el monarca se presentaba con éxito como ariete de las aspiraciones nacionales. Según el conservador Francisco Romero Robledo, era “España la que avanza encarnada en vuestra augusta persona”⁷⁹.

Uniformes y banderas

Si en las grandes ceremonias y en los viajes regios los mensajes nacionalistas convivían con otros contenidos, había un ámbito en el que el nexo entre monarquía y nación carecía de toda ambigüedad: el militar. Alfonso XIII fue educado como un soldado, en los campamentos se sentía entre los suyos y hasta su dormitorio tenía un aire cuartelero. Como otros monarcas de su tiempo, se reservaba el papel de jefe de las fuerzas armadas, que la Constitución le atribuía y él se tomaba muy en serio. Era, junto a la política exterior, inseparable de la defensa nacional, el último reducto de los reyes, incluso allí donde su poder había menguado más. Como en la Gran Bretaña de Eduardo VII, espejo en el que le gustaba mirarse a don Alfonso⁸⁰. Pero en España este papel tenía repercusiones políticas muy hondas. Algunas de las primeras crisis ministeriales del reinado, llamadas *orientales* porque tenían su origen en el palacio de Oriente, se debieron a desacuerdos con los gobernantes en este tipo de asuntos. Así ocurrió con la que tumbó el gabinete Maura en 1904. Es más, en los conflictos que surgieron entre la milicia y el poder civil, recrudescidos tras la derrota del 1898, el rey se puso siempre del

⁷⁸ *Diario Universal*, en *EAP*, 16 de mayo de 1904.

⁷⁹ Cita en *EAP*, 17 de mayo de 1905.

⁸⁰ Heffer, Simon, *Power and Place. The Political Consequences of King Edward VII*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1998.

lado de aquella⁸¹. Cuando en 1905 la guarnición de Barcelona asaltó las redacciones de dos periódicos catalanistas, respaldó el cambio de presidente para ceder los delitos contra el ejército a los tribunales castrenses. Pues los militares, muy sensibles en el terreno simbólico, se erigieron en custodios de la unidad patria contra sus enemigos externos e internos. Al igual que Víctor Manuel II de Italia o el káiser, Alfonso XIII se colocó al frente de una corporación empeñada en nacionalizar el país y recuperar sus glorias.

Desfiles, revistas, maniobras y constantes visitas a barcos, arsenales y academias —y a cualquier otra instalación militar—menudearon en el calendario regio. Desde la jura, cuando se dirigió a sus compañeros de armas para encargarles la felicidad de la patria y vio la primera parada que se organizaba tras el Desastre, don Alfonso, casi siempre de uniforme como su padre, se identificó con el ejército. Sus funciones alcanzaron un nuevo significado cuando, a partir de 1909, los compromisos exteriores adquiridos por el estado condujeron a la intervención en el norte de Marruecos y, por tanto, a otra guerra colonial. La real familia se volcó en la contienda. El rey condecoró y visitó a los heridos, la reina entregó dinero a las familias de los muertos y mutilados, algunos de sus miembros se incorporaron a filas. Los monarcas participaron asimismo en campañas para recordar los episodios heroicos africanos, en los que sobresalía el del cabo Luis Noval, inmolado en una acción suicida y convertido en el héroe popular de la contienda, heredero directo de *Cascorro*. Sobre él se publicaron dramas históricos y oraciones fúnebres, se le dedicaron calles y cuadros y se le otorgaron medallas póstumas. Y no sólo honró su memoria Oviedo, su ciudad natal. Durante uno de sus viajes a Valencia, el monarca, entre manifestaciones españolistas de los estudiantes, puso la primera piedra de un monumento. En Madrid, el impulso provino del periodista liberal Mariano de Cavia —incansable patrocinador de empresas nacionalizadoras—y lo recogió una junta de damas aristocráticas que amadrinó doña Victoria. Don Alfonso eligió el emplazamiento de la estatua, en un lateral de la plaza de Oriente, para que hiciera pareja con la erigida en el extremo opuesto a un segundo héroe de África, el capitán Melgar. Jefes y oficiales recelaban del culto al cabo, del que, en opinión de un capitán general, “se est(aba) abusando”⁸². Alfonso XIII inauguró ambas.

⁸¹ Boyd, Carolyn P., *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, Alianza, 1990 (1ª ed. en inglés, 1979).

⁸² Cita del conde del Serrallo en carta de Emilio María de Torres al marqués de Borja, 14 de octubre de 1912, AGP RR AXIII C³ 16264/5.

La política expansionista en Marruecos, propugnada al comienzo de los años diez por los gobiernos liberales para no dejar vía libre a las ambiciones de Francia, aumentaron la implicación del monarca. Canalejas lo llevó en 1911 a Melilla, donde ya había estado en 1904, para entregar estandartes, repartir honores, ver las minas españolas y prometer mejoras a las cabilas amigas. En el campo de batalla, el rey demostró que conocía al dedillo las operaciones y, dejando atrás a los políticos, subió a las lomas donde habían caído los combatientes. Los discursos oficiales enfatizaban la indisoluble unión de patria y monarquía. A su vuelta, en la fiesta de su onomástica, el presidente del Senado –otra vez Montero Ríos—lo comparó con el emperador Carlos V y le atribuyó el sobrenombre de *el Africano*. Definía así una de las empresas nacionalistas del reinado, la de poner a España en el mapa internacional, en un lugar secundario pero visible dentro del marco mediterráneo, dotándola de un pequeño imperio al otro lado del estrecho de Gibraltar. Propósitos que tropezaron con la impopularidad de la guerra, que la izquierda achacaba a los turbios negocios de la oligarquía, aunque los éxitos atenuaran las protestas⁸³. La corona se cargó de connotaciones guerreras e imperialistas. En sus intervenciones públicas, Alfonso XIII se veía como cabeza de un ejército “que da su sangre por la Patria, civilizando lejanas tierras”⁸⁴.

Después del 98, y ante los desafíos catalanistas, los militares, de un modo aún más pronunciado que otros grupos sociales, alentaron tareas nacionalizadoras a las cuales se unió la monarquía. A través de organizaciones como el Tiro Nacional, fundada en 1900, que aspiraba a formar ciudadanos expertos en el manejo de armas y presidía el rey, quien visitaba sus instalaciones y concedía premios. O de otras dirigidas a niños y jóvenes, como los batallones escolares que observaba divertido el monarca en sus viajes o, más adelante, la asociación clave de los Exploradores de España, establecida en 1912 por un oficial y **después** ayudante de Alfonso XIII que contó con su apoyo para expandirla con fines patrióticos. Había que seguir el ejemplo de Alemania o de Japón, donde se inculcaba a la juventud el amor a la patria y al emperador. Y, ante las deficiencias del sistema escolar en España, hacer del cuartel un vivero de patriotas. De ahí el interés creciente por la enseñanza de los reclutas. A la altura de 1909 se dedicaba un día a la semana, en el último mes de instrucción, a adoctrinarlos con historias

⁸³ Bachoud, André, *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa Calpe, 1988.

⁸⁴ Cita de un discurso en el congreso de ciencias, en *EAP*, 20 de junio de 1913.

heroicas⁸⁵. Los métodos pedagógicos actualizados recomendaban estimular los lazos emocionales con la nación y con el rey, “como continuación del amor patrio”, emblema de autoridad y cimiento de disciplina⁸⁶.

La mejor expresión de estas preocupaciones se hallaba en la ceremonia de la jura de banderas, que se benefició de un desarrollo extraordinario entre 1903 y 1913. Los medios castrenses fomentaron el culto a la enseña nacional, de presencia obligatoria en las escuelas desde la última década del XIX, con planes para que se le cantaran himnos. Pero nada superaba la mística del juramento, en el que los reclutas juraban a Dios y prometían al rey seguir sus banderas y derramar por ellas hasta la última gota de su sangre. Esta fórmula del siglo XVIII se pronunciaba dentro de los cuarteles hasta que una orden, inspirada por el modelo imperial alemán, la sacó a la calle en 1903. Desde entonces, todas las ciudades con guarnición debían celebrarla en un lugar público destacado. La norma señalaba, además, el modo de hacerlo, preñado de connotaciones religiosas: con misa de campaña y paso bajo la cruz que formaban la espada y la tela sagrada. La familia real se asoció a ella de inmediato. En sus giras, Alfonso XIII asistió a muchos de estos eventos, mientras las reinas, además, bordaban estandartes y abrían suscripciones para dotar de ellos a los barcos de la armada. El centenario del Dos de Mayo alcanzó su punto álgido cuando el príncipe de Asturias, de tan sólo un año de edad, besó la enseña en una función orquestada por la artillería. El acto central de la jura tenía lugar cada año en el paseo de la Castellana de Madrid, presidido por el monarca, que revistaba tropas, asistía a la misa —donde se rendían armas y se tocaba la marcha real en el solemne momento de alzar a Dios— y presenciaba, y a veces encabezaba, el desfile en que los soldados daban vivas a su persona. Las demás ciudades seguían esta misma pauta, que adquirió especial relieve en Barcelona gracias al capitán general Valeriano Weyler y pese a los atentados ocasionales. A veces se acompañaba de funciones teatrales y conciertos de bandas militares, para acentuar su carácter festivo. En general, y aunque hubo algún incidente, el clima era de regocijo en torno al espectáculo.

La jura de banderas no dejó de crecer en importancia y llegó a asemejarse a una auténtica fiesta nacional. Ganó en orden y en impacto escenográfico, con grandes altares, tribunas para corporaciones y asistencia de los escolares de los centros públicos,

⁸⁵ Sañudo y López-Talaya, José, *Compendio de instrucción militar. Cartilla teórico-práctica para la enseñanza del soldado...*, Santander, Imprenta de Santiago Cuevas, 1909 (2ª ed.).

⁸⁶ Rodríguez García, Luis, *Teoría de la educación e instrucción del recluta*, San Sebastián, Imprenta y Librería de Federico Ferreiros, 1907, p. 120.

invitados desde 1909, obreros y estudiantes. En 1911 participaron en la de Madrid 17.000 reclutas. Aparecieron también tropas indígenas marroquíes, que le proporcionaron un flanco exótico. La misma noche se proyectaban en los teatros películas que mostraban lo ocurrido y seguían los movimientos de la familia real; mientras su sonido se impresionaba en discos. Además, la guerra africana le añadía una emoción indudable, pues los soldados podían morir en el frente, y la aprobación de la ley del servicio militar obligatorio en 1912, por una mayoría liberal canalejista, le dio el empujón definitivo. Ahora se mezclaban en las formaciones miembros de todas las clases sociales, aunque los soldados de cuota pudieran reducir —mediante pago— el tiempo en filas de tres años a diez meses y proliferasen las guías legales para lograrlo. El ejército español se acercaba a otros del continente y se parecía más a un ejército nacional, una reivindicación histórica de la izquierda. El gobierno Canalejas anunció en 1912 que todas las juras se harían en la misma fecha, equivalente a una fiesta nacional. Ese designio no llegó a realizarse, pero los medios españoles ya la consideraban como tal⁸⁷.

Los monárquicos fantaseaban sobre el efecto nacionalizador que tendría este espectáculo tan emotivo sobre quintos pueblerinos que, al besar la bandera, se transformarían en patriotas: “un fuego intenso le abrasaba, le hacía palpitar, le inflamaba de ardor, de entusiasmo hacia la enseña bicolor, ayer indiferente para él, hoy visión adorada para su pecho de soldado”, decía un cuento de María Echarri⁸⁸. En algunas guarniciones se repartían cartillas conmemorativas del día de la jura, como recordatorio patriótico, con alusiones a la patria grande, madre que exigía enormes trabajos a sus hijos, y al rey, “el primer defensor de la Nación”: “El que quiera a su Patria, tiene que empezar por querer del mismo modo a su Rey, que la representa. Si muere por su Patria, debe morir por su Rey”⁸⁹. Un militar llamado —quizá intencionadamente— Augusto C. de Santiago y Gadea, vendió numerosas ediciones de su “catecismo patriótico” *La jura de bandera*, recomendado tanto en los regimientos como en las escuelas y dedicado al monarca que laboraba por la regeneración de España y viajaba sin descanso para conocerla⁹⁰. Un monarca que cultivaba esa imagen militar,

⁸⁷ *Abc*, 30 de abril de 1911, 24 y 25 de marzo de 1912 y 12 y 15 de abril de 1913.

⁸⁸ María Echarri, “¡Sí, juro!”, *Blanco y Negro*, 14 de diciembre de 1907, cita en p. 5.

⁸⁹ *La jura de la bandera. A S.M. el Rey, los reclutas de la Primera Compañía del Primer Batallón de Regimiento de León, 38 de Línea*, Madrid, Establecimiento tipográfico de ‘El Liberal’, 1913. La cita, del oficial instructor M.M. Vara del Rey, en pp. 15 y 16.

⁹⁰ Santiago, Augusto C. de, *Catecismo patriótico. La Jura de Bandera*, Madrid, Est. Tip. de los Hijos de Tello, 1911 (8ª ed.).

activa y viril, de valentía bregada en situaciones difíciles. Cuando volvía de la jura anual el 13 de abril de 1913, en la calle de Alcalá de Madrid, Alfonso XIII sufrió un nuevo atentado: el anarquista Rafael Sancho Alegre disparó contra él, pero no acertó porque el rey le echó el caballo encima. El público reaccionó con indignación –casi lincha al terrorista—y estalló en aclamaciones al jinete. La identidad entre corona y patria parecía más firme que nunca. Como la de un joven káiser, reconfortado por el calor de su gente y cuya popularidad era imposible negar⁹¹. El liberal y antiguo republicano Luis Morote escribió: “ya no es sólo Monarca por el derecho reconocido en la Constitución, sino por un afecto íntimo y acendrado de su país, que reconoce sus altísimas cualidades”⁹².

El centro de la política

En los años previos a la Gran Guerra, la monarquía española compartió algunos rasgos de las monarquías escénicas que, en la Europa coetánea, se desplegaron para asociarse con sus respectivos imaginarios nacionalistas. Con menor énfasis que otras coronas en los grandes acontecimientos de masas, la de Alfonso XIII protagonizó no obstante algunos espectáculos con amplias repercusiones, como la jura de la Constitución o la boda real, que contenían mensajes españolistas. Como la mayor parte de los monarcas de su época, don Alfonso se lanzó a recorrer el país en visitas que combinaban los favores localistas con la nacionalización monárquica, de un modo distinto y problemático allí donde había crecido un nacionalismo propio como en Cataluña. Las élites locales, deseosas de reafirmar su papel de intermediarias ante el poder central, se mostraron especialmente activas durante los viajes. En todos los territorios el rey recibió la adhesión de múltiples sectores, del mundo oficial pero también de numerosas asociaciones y de un público heterogéneo, más afecto en los ambientes rurales y provincianos o entre las clases medias y acomodadas de perfil conservador. Cada cual, de abajo arriba, proyectaba sobre el monarca sus propios valores. La imagen del trono, símbolo de la patria para los medios adictos, estaba invariablemente fundida con la Iglesia católica y se identificaba con el orden político y social, aunque también con el progreso económico. Pero donde mejor podía contemplarse la amalgama de nación y monarquía era en los actos militares, más aún

⁹¹ Kohut, Thomas A., *Wilhelm II and the Germans. A Study in Leadership*, Oxford, Oxford University Press, 1991.

⁹² Luis Morote, “La serenidad regia”, *La Monarquía*, 19 de abril de 1913.

tras el estallido de la guerra colonial en África, pues el ejército asumió con nitidez la tarea de nacionalizar a los españoles y el rey participó en ella.

De modo que, como otras dinastías, la española se integró en el discurso nacionalista hegemónico de su tiempo. Si en Italia se trataba de consolidar una nación recién unida, en Alemania se sumaba a este objetivo el de convertirla en una gran potencia militar y económica. Mientras tanto, Reino Unido se embarcaba en la sublimación de un nacionalismo imperial y chauvinista⁹³. En España, la mayoría de las manifestaciones nacionalistas se adaptaron al relato de la regeneración patria después del Desastre, un relato que implicaba admitir que la nación se hallaba sumida en el atraso y necesitaba aunar energías para salir de él. Las soluciones, que dependían del diagnóstico respecto a las causas de esa decadencia, oscilaban entre la reforma y el arbitramento. Y a menudo contaban con las acciones del rey. Alfonso XIII concitó así grandes expectativas, de quienes desconfiaban de los gobernantes y también de los mismos políticos, que salvo excepciones le pedían, como la corte, una mayor implicación en la cosa pública⁹⁴. Para que en el interior se reconstituiera la moral colectiva, aunando orden y avances, y, más allá de las fronteras, se reconociera el papel de España como una pequeña potencia en expansión. Don Alfonso, según transparentaban las ceremonias y discursos, se erigía en centro del resurgimiento nacional. También en las cartas que se recibían en palacio abundaban los planes regeneracionistas, tan crudos que a veces se clasificaban en el apartado de “anónimos y locos”. En 1905, un perturbado se hacía eco de este clima al pedir al rey que condujera a España “por los derroteros del progreso y de la civilización. Sólo a Vos, joven Señor, sólo a Vos corresponde la gloria del vencimiento”⁹⁵.

El propio monarca, hijo del 98, interiorizó ese papel crucial y estaba dispuesto a representarlo, por ahora dentro de una Constitución que le otorgaba, además de la jefatura del ejército, el poder arbitral para decidir, siguiendo algunas reglas básicas, quién y cuándo gobernaba. Algo no muy distinto de lo que ocurría en otros estados constitucionales europeos. En Gran Bretaña, donde retrocedió con mayor contundencia el influjo de la corona, se conjugaron dos factores fundamentales: un parlamento legitimado por elecciones libres y gobiernos fuertes que, nacidos de esa legitimidad, se

⁹³ Williams, *The Contentious Crown*.

⁹⁴ Ferrera Cuesta, Carlos, “Formación de la imagen monárquica e intervencionismo regio: los comienzos del reinado de Alfonso XIII (1902-1910)”, *Hispania*, 216 (2004), pp. 237-266.

⁹⁵ Carta de Juan Viure, 5 de mayo de 1905, AGP RR AXIII C^a 15554/3.

imponían a reyes no siempre satisfechos con su encogimiento político⁹⁶. Algo similar ocurrió en otros países, pocos y pequeños. Pero en la mayor parte del continente, los monarcas, incluso los constitucionales, seguían al frente de la gobernación, aunque hubiera una gran distancia entre el italiano, sometido al tránsito hacia un sistema parlamentario, y el alemán, que gozaba de un estatus con trazas autoritarias. El español estaría a medio camino entre estos dos últimos. Ante la ausencia de comicios limpios, un factor que aseguraba la victoria electoral a quien obtuviese del monarca la disolución de las cámaras, el nombramiento de los gabinetes dependía de otras circunstancias, entre las cuales destacaba la unidad de los partidos que se alternaban en el poder, el conservador y el liberal. Cuanto más divididos estuvieran, mayor importancia política adquiriría Alfonso XIII.

El inicio de su reinado estuvo marcado por sendas pugnas por la jefatura, que acabaron, tras muchas vicisitudes e injerencias del rey, con el asentamiento de dos liderazgos sólidos, el de Maura en el conservadurismo y el de Canalejas, más tambaleante, entre los liberales. Mientras duraron, el papel de don Alfonso pudo replegarse al ámbito simbólico, como quería el *bagehotiano* jefe conservador. No así su colega liberal, más inseguro respecto a sus bases sociales y por tanto más pendiente del apoyo regio. Pero antes y después de esas etapas no fue posible ese repliegue. Además, las decisiones reales se discutían, de manera más o menos abierta, en el parlamento y en la prensa, con alusiones a las crisis políticas o a propósito de la apertura de suplicatorios para procesar a diputados antidinásticos. La monarquía española, a diferencia de las más populares de Europa como la británica o la holandesa, no despertaba consensos casi unánimes, sino que provocaba conflictos. El republicanismo era minoritario y estaba lejos de poner en peligro la institución, al contrario de lo que sucedía en Portugal, que en 1910 alumbró la tercera república europea. Pero el monarca, en vez de transformarse en una instancia integradora, se comportaba como un actor protagonista en la escena política.

Tras la muerte de Canalejas, liquidado a tiros por un anarquista a finales de 1912, Alfonso XIII se colocó en el centro de esa escena. En los años anteriores, una coalición entre republicanos y socialistas había ganado terreno y la imagen del rey había sufrido un cierto deterioro, pues comenzaba a criticarse que apareciera con asiduidad en regatas y cacerías. Por vez primera se publicaron órganos periodísticos especializados

⁹⁶ Bodganor, Vernon, *The Monarchy and the Constitution*, Oxford, Clarendon Press, 1995.

en su defensa y algunos monárquicos bajaron a la arena para emplear las mismas armas que sus enemigos, desde caricaturas hasta insultos, en campañas que extremaban la asociación entre corona y patria y tachaban al republicanismo de antiespañol. En uno de esos periódicos, llamado *La Monarquía*, escribía artículos una tía del rey, la infanta Paz, algo insólito para una institución que se pretendía incontrovertible. Pero el asesinato del jefe liberal, con la subsiguiente crisis política, la sacó al proscenio. Su entierro, que Alfonso XIII –en un alarde más de gallardía– siguió a pie, le dio un halo providencial, entre olés del público y concentraciones de las juventudes monárquicas. Según el escritor Miguel de los Santos Oliver, el rey era la única base que en España quedaba para una reacción patriótica⁹⁷. Y esa coyuntura se resolvió en sentido liberal, cuando al cambiar el año don Alfonso confirmó al conde de Romanones en la presidencia y negó el mando a Maura. Una decisión constitucional, justificada por la unidad de los liberales, pero explosiva. Días después de tomarla, eran recibidos en palacio los intelectuales más relevantes del campo republicano moderado, dispuesto a aceptar la monarquía si ésta emprendía el camino de la democracia para parecerse a la italiana o a la inglesa, es decir, si aflojaba sus lazos con la derecha católica y abrazaba la causa reformista. La reacción del líder conservador, que, molesto desde su caída en 1909, consideró roto el turno que había sustentado el sistema hasta entonces, puso en entredicho el ejercicio de la prerrogativa regia de nombrar con libertad a los ministros. Todo, al menos todo lo que interesaba a los entornos políticos, parecía depender ahora del rey, metido de lleno en la lucha partidista.

Así pues, la monarquía española se alejaba más que nunca del modelo británico, ese en el cual, como había vaticinado Bagehot, el trono se percibía como un símbolo nacional al margen de los conflictos políticos cotidianos. Entonces, ¿cabía glorificar como tal una corona personificada por un monarca con poderes efectivos? Lo tardío de la pérdida de estos poderes en la misma Gran Bretaña y los ejemplos continentales europeos muestran que sí. Aunque resulta asimismo difícil no dar la razón a quienes consideran la asociación entre dinastía e imaginario nacionalista más sólida, al menos a largo plazo, cuando el monarca ha perdido influencia o, al menos, no aparece ante la opinión como un agente político que, con decisiones discutibles, favorece a unos para perjudicar a otros. Buena parte del regeneracionismo españolista, compartido por Alfonso XIII, empujaba en dirección contraria al promover la figura de un monarca que,

⁹⁷ Miguel de los S. Oliver, “Pesimismo nacional. El ejemplo del Rey”, *Abc*, 19 de noviembre de 1912.

como el káiser alemán, ejerciera plenos poderes para engrandecer la nación. A la altura de 1913, tanto los discursos monárquicos como las prácticas rituales llevaban más de una década exaltando, con bastante éxito, la misión patriótica de un joven popular, en estrecho contacto con los españoles y al frente de su ejército. La de Alfonso el Regenerador.